

órdenes del duque de Nájera D. Antonio Manrique, virrey de Navarra. Estos hechos, indicados más ó menos confusamente por todos los historiadores de San Ignacio, se comprueban, sobre todo, por la sencilla relación hecha por Alonso de Montalvo, compañero de Ig-

*Berechnung eingefügt worden ist.* Dos observaciones se nos ofrecen acerca de esta solución del P. Kreiten. Primera. Si el P. Cámara se equivocó, ¿por dónde sabemos que fué en el segundo texto, y no en el primero? La suposición de admitir yerro en el segundo texto y no en el primero, es enteramente gratuita. Segunda. Si erró el P. Cámara en ese texto, ¿cómo erró con tan buena puntería, que fué á dar en la opinión ordinaria? ¿Por qué no erró en seis, ocho ó más años? ¿Por qué puso ese número 62, que era precisamente la edad en que, según la opinión común, estaba Ignacio al empezarse la relación, y de la cual pasaba cuando ésta se continuó? Pues el texto, como se ve, no solamente contradice á la opinión del P. Kreiten, sino que apoya positivamente la contraria, porque si bien no es tan preciso en sus términos, pero resulta perfectamente exacto en la opinión que pone el nacimiento de Ignacio en el año 1491. Entonces ¿cómo explicar aquel número 26 del otro texto? Los Bolandos, al anotar la biografía escrita por el P. Cámara, propusieron esta explicación: que hasta los veintiseis años vivió Ignacio en el ocio y en las vanidades, y desde entonces hasta los treinta siguió la carrera de las armas. Algo gratuita pudiera parecer á primera vista esta explicación. No obstante, un hecho histórico puesto fuera de duda viene en favor de ella. Por la relación que luego copiamos en el texto consta, que muerto el protector de Ignacio, Juan Velázquez, en agosto de 1517, nuestro santo, que entonces tenía puntualmente veintiseis años, según la opinión común, se retiró de Arévalo y de la corte y pasó al servicio del duque de Nájera.

Este hecho explica razonablemente el primer texto de Cámara en el sentido que le dieron los Bolandos. Y nótese que decimos el primer texto de Cámara, y no de San Ignacio, porque esa frase evidentemente no es suya. Considérese lo que dice Cámara en el prólogo de sus apuntes, que el P. Ignacio le llamó y le empezó á contar toda la serie de su vida y las travesuras de mancebo *clara y distintamente*. Pues bien; toda esa historia larga, referida por Ignacio, y que probablemente trataría de sus travesuras en la corte, donde vivió hasta los veintiseis años, toda esa historia singular del tiempo anterior á la conversión, que San Ignacio manifestó con admirable humildad; toda esa historia, repetimos, la sepultó en el silencio el P. Cámara, escribiendo tan sólo aquella brevisima frase: *Fué hombre dado á las vanidades del mundo*. La frase, pues, pertenece al P. Cámara, el cual, recopilando en ella la inmensa relación de Ignacio, no es maravilla que padeciese esta equivocación cronológica, sobre todo si se tiene en cuenta la poquisima atención que da en todos sus apuntes á la cronología.

Á estas autoridades, examinadas por el P. Kreiten el año 1892, conviene añadir otras dos, que se han descubierto después. El P. Jerónimo Nadal, que fué uno de los que más conocieron y trataron á San Ignacio, afirma expresamente en un libro manuscrito, intitulado *P. Natalis Opuscula*, p. 164, que el santo tenía sesenta y cuatro años cuando murió. «*Obdormivit in Domino Pater Ignatius die Veneris ad ortum solis, 31 Julii 1556, natus annos 64, anno post Societatis institutionem 16.*» Si se tiene en cuenta la costumbre tan recibida en España de contar en la edad los años *cumplidos*, estas palabras de Nadal confirman la opinión común, suponiendo que Ignacio vió la luz en alguno de los cinco últimos meses del año 1491, pues al

nació en la juventud, al P. Antonio Láriz en 1577, y mandada á Roma en 1599 no sabemos por quién. Hé aquí esta curiosa relación: «En esta merced tan grande que Dios hizo á este pueblo de traer aquí la Compañía creen algunos devotos de ella tener gran parte, y debe

morir no habría cumplido aún los sesenta y cinco años, y según nuestro modo de hablar, *tendría sesenta y cuatro años*.

La autoridad del P. Nadal es de primer orden, no sólo porque fué uno de los Padres que más trataron con San Ignacio, según veremos en el curso de esta historia, sino también porque fué el único de aquellos Padres que visitó la casa de Loyola; y así como se enteró del sitio en que nació San Ignacio, sitio que vió convertido en cocina (*Epist. P. Nadal*, t. II, p. 28), así también se enteraría del tiempo en que el hecho ocurrió.

Por último, merece copiarse una carta del P. Ribadeneira, dirigida al P. Orlandini en 1597 y publicada por el P. Alberdingk Thijm, S. J., holandés. (*Nog eens het geboortjaar van den H. Ignatius van Loyola*. Utrecht, 1894.) Dice así: «En lo de los años que vivió N. B. P. Ignacio, bien sé que a avido variedad, y yo mismo fui de opinión que no avía vivido sino 61 años, fundándome en que siendo de 26 fué herido en Pamplona el año de 21, y del 21 hasta el de 56 en que murió ay 35, que juntándolos con los 26, hazen 61. Pero después mudé de opinión por dos razones: La primera, porque el P. Polanco y los otros Padres que stavan en Roma quando murió N. Padre (que yo stava en Flandes), despues de averlo mirado y consultado, en la piedra de su sepulcro pusieron que avía vivido 65 años. La segunda razón fué porque los Padres que examinaron por orden del Padre Francisco de Borja, nuestro General, mi libro, fueron de parecer que se pusiese que avía vivido 65 años, y eran las personas más doctas y graves y que más avian tratado á N. Padre de toda la Compañía. Á cuyo juicio yo me sujeté y V. R. deve seguirlo. Y tanto más estando ya esto recibido en su epitafio, libros escriptos y estampas; y hazer lo contrario sería temeridad, á mi pobre juicio.» Nótese dos hechos citados en esta carta por Ribadeneira. 1.º El P. Polanco (es decir, una de las autoridades aducidas por la opinión contraria) y otros Padres de Roma, ponen en la piedra sepulcral de San Ignacio que vivió sesenta y cinco años. No ha llegado hasta nosotros ese primer epitafio, pues como los restos del santo fueron trasladados, primero en 1568 y después en 1587, sólo conocemos el epitafio que se le puso en esta segunda traslación, y fué publicado por los Bolandos (*De S. Ignat.*, § 95). 2.º Cuando se publicó, en 1572, la primera edición de la vida de San Ignacio por Ribadeneira, los Padres más graves y que más habían tratado al santo declaran que éste nació en 1491. Téngase presente, por otro lado, que en ese año 1572 aún vivía en Portugal el P. Cámara, y no hubiera dejado de advertir á San Francisco de Borja un yerro tan grave, cometido en la primera vida que se publicaba de San Ignacio.

Y para que se vea la consideración y prudencia con que se procedió al estampar la primera vida de Ribadeneira, queremos copiar una carta que San Francisco de Borja escribió sobre este negocio al Provincial de Castilla el 20 de Marzo de 1571. Dice así: «Ándase ya por sacar á luz la vida de nuestro P. Ignacio, de santa memoria. Desea el P. Ribadeneira, que la ha escrito, saber el año en que nació y el nombre de sus padres y abuelos, y cuántos hermanos tuvo, y cómo se llamaron, y qué estado tuvieron, etc. Y no se pudiendo entender de otra manera, le parece se debía enviar hombre propio, que sería facil, desde Oñate, para tomar esta información y de cosas de este género, y que se hubiese á tiempo, para traerla el P. Procurador

ser mucha, nuestro santo Padre Ignacio de Loyola, persuadidos que por el amor y obligación que á esta villa tuvo alcanzó del Señor en el cielo, que sus hijos paguen con pan de santa doctrina el que en su juventud aquí había comido, lo cual fué de esta manera. Los Reyes Católicos D. Fernando y D.<sup>a</sup> Isabel, cuyos nombres y memoria es muy grata á los españoles, viviendo lo más ordinario en esta parte de Castilla la Vieja, tenían por su contador mayor á un caballero de los más nobles y ricos de esta villa, el cual tenía estrecha amistad con el señor Beltrán Yáñez de Oñaz y Loyola, progenitor de nuestro Padre, y así le pidió uno de sus hijos para criarle en su casa como propio y ponerle después en la casa real. Fué para esto embiado Íñigo de Loyola, el cual, pasados aquí algunos años, hasta que murió el contador Juan Velázquez, deseó mucho seguir la soldadesca, y la muger del dicho contador le dió quinientos escudos y dos caballos, con que fuese á visitar al duque de Nájera, con cuya casa tenía deudo; y de allí se partió á Pamplona, cabeza del reyno de Navarra, donde le sucedió lo que de él cuenta su historia (lib. I, cap. II). Esto contó al P. Láriz, cuando vino aquí á la misión, un caballero muy

cuando vuelva á Roma. V. R. vea lo que se podrá; que razón es ayudar á quien toma trabajo tan grato á nuestra Compañía, y, como espero, no menos provechoso, y á la bendita memoria de nuestro Padre todo se debe.» *Regest. Borgiae Hisp.*, 1570-1573, p. 79. No se conserva la respuesta que se dió á esta carta; pero bastan las palabras de San Francisco de Borja para entender la prudencia con que procedieron en este punto aquellos Padres tan respetables que, como Nadal, Polanco, Madrid, Palmio, etc., habían conocido tanto á San Ignacio. Y nótese que esto lo hacían teniendo á la vista el texto del P. Cámara y viviendo todavía este Padre en Portugal. ¿No será, pues, algo temerario, por aplicar á nuestro caso la frase de Ribadeneira, que nosotros, después de tres siglos, *sin haber descubierto nada nuevo*, queramos enmendar la plana á tantos Padres que vivieron con San Ignacio?

Resumiendo, pues, todo lo dicho, resulta que á las cinco autoridades aducidas por el P. Kreiten en favor del año 1491 se deben añadir las siguientes: el P. Nadal, en el texto copiado; el P. Cámara, en su segundo texto; el P. Polanco, en el primer epitafio que se puso al santo patriarca; los Padres más graves existentes en Roma el año 1572, y, finalmente, los historiadores todos que después han venido. ¿Qué queda, pues, en favor de la opinión que pone el nacimiento de San Ignacio en el año 1495? Garibay, autoridad enteramente secundaria en este asunto; el *Chronicon breve*, papelillo anónimo de ninguna importancia; un texto del P. González de Cámara, que tiene razonable explicación en la opinión ordinaria, y que de otro modo está evidentemente contradicho por otro texto del mismo autor. De todo esto se infiere que debemos mantener la opinión tradicional, que señala el año 1491 como natalicio de San Ignacio. Determinar el mes y el día es imposible, pues en ningún autor contemporáneo descubrimos el más leve indicio que lo indique. Solamente el texto del P. Nadal parece manifestar, que el nacimiento del santo ocurrió en los cinco últimos meses del año.

noble y rico de esta villa, llamado Alonso de Montalvo, que fué paje del dicho contador mayor de los Reyes, y gran amigo de Íñigo de Loyola mientras aquí estuvo. Y cuando supo después que estaba en Pamplona, le fué á visitar y le halló enfermo de la pierna y le vió curar de ella, mostrando aquel grande ánimo que se refiere en su historia, lo cual contaba acá el dicho Alonso de Montalvo, antes que la historia saliese á luz, á los hombres más antiguos de este lugar que le podían haber conocido aquí.

»Esto mismo refería el P. Alonso Esteban, que fué un sacerdote natural de aquí, gran siervo de Dios, que procuró mucho que la Compañía viniese á este lugar, y el año primero que aquí venimos le dió el jueves de la Cena una grave enfermedad, de que, con otras muchas que se le juntaron, estuvo en la cama diez años enteros con grandes dolores, y al fin vino á morir el Viernes Santo de la Cruz de este año de 1599. Este santo varón decía haber acaecido la historia dicha á D.<sup>a</sup> Catalina de Velasco, muger del contador Juan Velázquez, á la cual nuestro Padre Ignacio, siendo ya la Compañía, solía escribir algunas veces, reconociendo el amor y gracia que en casa se le había hecho, y así podremos piadosamente creer, que por las oraciones y méritos de nuestro Padre Ignacio se fundó el Colegio en esta villa de Arévalo» (1).

Á los hechos indicados en esta relación debemos añadir algunos otros que, sin determinación de tiempo ni casi de lugar, nos han transmitido los contemporáneos. Por el documento judicial que luego alegamos, consta que antes del año 1515 había recibido Ignacio la tonsura clerical. Ignoramos dónde y cuándo la recibió. Por la relación de Polanco (2) sabemos que mostró Ignacio mucho valor y desinterés en la toma de Nájera, y que obró con singular prudencia en cierta ocasión, apaciguando un tumulto militar en Guipúzcoa. Si á esto añadimos la pendencia en las calles de Pamplona, que luego referiremos, habremos reunido todos los sucesos concretos que se pueden precisar en la oscura juventud de Ignacio.

Así como podemos afirmar sin miedo estos hechos, así debemos descartar algunos otros, que tienen traza de ser invenciones de biógrafos posteriores. ¿Fué Ignacio en su niñez paje de los Reyes Católicos? Ningún documento contemporáneo lo insinúa. El P. Maffeo

(1) El original de esta relación, desconocido hasta ahora, lo ha encontrado el P. Van Meurs en un tomo titulado *Historia castellana*, p. 913, de nuestro archivo. El P. Fita publicó una copia, ó mejor dicho, arreglo de esta relación en el *Boletín de la Acad. de la Hist.*, t. XVIII, p. 497.—(2) *Vita P. Ign.*, p. 13.

fué el primero en decirlo en el primer capítulo de su vida del santo, impresa en 1585 (1). Pero en un ejemplar de esta obra, que conservamos anotado por el P. Ribadeneira, escribió al margen este historiadador: «Da á entender [el P. Maffeo] que fué [Ignacio] paje del Rey Católico, y no lo fué sino de Juan Velázquez, su contador mayor, y hay hoy muchos que lo saben y algunos que se acuerdan dello.» ¿Fué Ignacio educado en Arévalo por D.<sup>a</sup> María de Guevara, suegra de Juan Velázquez, como lo escriben García (2) y Henao? (3). Tampoco supo nadie tal cosa hasta que estos dos autores lo dijeron á fines del siglo XVII. ¿Es histórico aquel dicho atribuido á D.<sup>a</sup> María de Guevara «*Íñigo, no asesarás ni escarmentarás hasta que te quiebren una pierna?*» Esto y lo demás que nos cuenta el P. Henao en el pasaje citado, no se prueba ni remotamente con ningún documento contemporáneo. Todo ello es evidentemente conseja piadosa, inventada en el siglo de nuestras grandes ficciones históricas.

4. Mas ya que ignoremos los hechos anteriores á la defensa de Pamplona, ¿qué se sabe acerca de la instrucción y costumbres del santo en su primera edad? Ante todo, convienen los autores en que toda su educación literaria se redujo á leer y escribir, lo cual ejecutaba con primor. *Era muy buen escribano*, decía Ribadeneira (4). Y cuando nos faltaran otros testimonios para probar las pocas letras de Ignacio en su juventud, la misma prolijidad con que siguió después paso á paso la carrera eclesiástica, empezando por los rudimentos del latín, demuestra sobradamente que en materia de estudios todo estaba por hacer.

5. Acerca de sus costumbres debemos extendernos un poco más. El P. Ribadeneira guardó silencio sobre este punto, contentándose con decir, que Ignacio era entonces «mozo polido, amigo de galas y de traerse bien» (5). Y aunque en el curso de su historia aplicó al joven Ignacio algunos epítetos fuertes, como cuando le llamó *hombre metido hasta los ojos en las vanidades del mundo* (6) y *soldado desgarrado y vano* (7); aunque dejó caer algunas frases, de donde se infiere que Ignacio en su juventud cometía graves pecados; pero como no especificó esos pecados, quedó envuelto en la sombra el carácter moral de nuestro héroe. El P. Orlandini, que escribía por los años de 1600 la historia general de la Compañía, recogió cuida-

(1) *De vita et moribus P. Ign.*, l. I, c. I.—(2) *Vida de S. Ign.*, l. I, c. I.—(3) *Averiguaciones sobre las antigüedades de Cantabria. Otra adición á la dedicatoria.*—(4) *Vida de S. Ign.*, l. I, c. II.—(5) *Ibid.*, c. I.—(6) *Ibid.*, l. I, c. II.—(7) *Ibid.*, l. II, c. XVIII.

dosamente los rasgos buenos que halló en los papeles de Polanco, y omitiendo, según su costumbre, los malos, nos presentó en Ignacio un modelo del antiguo caballero español, tan prudente en el consejo como brioso en las armas, y dotado de admirables talentos naturales para el oficio á que Dios le había de levantar (1). Pasan unos treinta años, y el P. Luis de Valdivia, refiriendo la estancia de nuestro santo Padre en Arévalo, dice que «el santo mozo Íñigo deseaba mucho seguir la guerra» (2). Sonreirás el lector viendo á un santo con vocación de soldado; pero prescindamos de esta inverosimilitud, y notemos solamente el afán de hacer santo á Ignacio antes de que lo fuese.

Algo participaron de esta tendencia los biógrafos del siglo XVII, como Bartoli, Nieremberg y Nolarci; pero los que la llevaron hasta el extremo fueron el P. Francisco García, en su *Vida del Santo*, impresa el año 1685; y el P. Henao, que dió á luz sus *Averiguaciones* en 1689. En estos autores vemos un Íñigo ideal y fantástico, un jovencito modesto, que acompaña á la buena señora D.<sup>a</sup> María de Guevara en las visitas á los enfermos; que aprende de ella á mirarlos como imágenes de Jesucristo; que les asiste con amor, y que ya desde entonces cobra aquella afición á servir en los hospitales, que más adelante había de infundir á sus hijos, cuando tan encarecidamente les encomendaba el servicio de los pobres dolientes.

Viene por fin el P. Fluviá, que escribió á mediados del siglo XVIII, y sin llegar al extremo de García y de Henao, presenta del joven Ignacio el siguiente retrato, que puede considerarse como un discreto resumen de las ideas y rasgos esparcidos en los biógrafos del siglo XVII: «En su vida soldadesca, dice, conservó siempre la piedad para con Dios, la devoción á la misa, la veneración á los templos, el respeto á los sacerdotes, religiosos y todas las cosas sagradas. Amaba la verdad, no juraba, no maldecía ni manchaba sus labios con palabras de murmuración ni que pudieran dar á otro el menor motivo de resentimiento. Mostraba ya entonces una singular destreza y no menor prudencia en el manejo de los negocios más arduos y difíciles, aunque en las ocasiones que se le ofrecían, gustaba de servir á las damas por su natural galantería, sin otro afecto menos puro. Era ya entonces tan señor de sí, que aun cuando se le daba algún motivo, nunca respondía airado ni descompuesto, y con mucha facilidad se reconciliaba con los que le hubiesen ofendido, olvidando sus agra-

(1) *Hist. Soc. Jes.*, l. I, n. 9.—(2) *Colegios de Castilla. Arévalo.*

vios. Así vivió hasta los treinta años de su edad, y siendo esta su vida secular, convertido después á la espiritual, la lloró hasta su muerte, como si hubiera sido llena de maldades y de los mayores desórdenes» (1).

6. Este es el Íñigo ideal descrito por los biógrafos del siglo XVII. La historia seria de nuestros días no admite esta imagen; pero como no faltan todavía quienes quisieran conservarla, bueno será demostrar una vez más, que esa imagen es falsa, y que el primero en desconocerla sería el mismo San Ignacio. Para reconstruir el retrato moral de nuestro santo Padre en sus primeros años, preciso es acudir á las primeras fuentes, esto es, á los Padres que vivieron con el santo, y recogieron de sus venerables labios las noticias que en su profunda humildad quiso él mismo comunicarles. Cuatro fueron los hombres, á quienes principalmente abrió su pecho nuestro fundador: los PP. Luis González de Cámara, Diego Laínez, Juan de Polanco y Jerónimo Nadal. El primero vivió al lado del santo desde la primavera de 1553 hasta fines de 1555, y escuchó al mismo Ignacio la narración de sus hechos, que, trasladada luego al papel, formó la primera biografía del santo. Laínez fué, como todos saben, uno de los diez primeros Padres de la Compañía, el más docto de todos ellos, con quien Ignacio comunicó tal vez más que con ninguno sus ideas y planes, y quien entendió tal vez mejor que nadie los pensamientos y el espíritu de nuestro santo fundador. Polanco, nombrado secretario de la Compañía en 1547, no se apartó un punto de Ignacio los nueve años que éste vivió todavía. Nadal, admitido y educado por el santo en la vida religiosa, fué enviado á promulgar las constituciones, primero en Sicilia y después en España, y cuando, terminada esta comisión, volvió á Roma, fué nombrado Vicario general de la Compañía, para ayudar al anciano fundador en el gobierno de toda la Orden. Nadie conoció á Ignacio tanto como estos cuatro Padres, y, sobre todo, nadie les excedía en amor, en respeto, en profundísima veneración á su querido Padre. Pues ¿qué nos dicen estos cuatro testigos tan abonados?

Cámara empieza su narración diciendo que Ignacio «hasta los veintiseis años de su edad fué hombre dado á las vanidades del mundo» (2). Pase esta expresión, aunque hartó significativa, porque no enuncia formalmente que Ignacio cometiese culpas graves. El mismo

(1) *Vida de S. Ign.*, l. 1, c. 1. — (2) Citamos según el manuscrito del Vaticano descrito en *Monum. hist. S. J. Epist. P. Nadal*, t. 1, p. XL.

autor, al referir poco después la conversión del santo, advierte que el principal estorbo para ella fué el amor de cierta altísima dama, á quien nuestro joven galanteaba. Diría el P. Fluvía que esto lo hacía Ignacio «por su natural galantería, sin otro afecto menos puro». Pero los que conocen los tiempos del renacimiento saben que los amores y galanteos no eran entonces tan platónicos é inocentes como supone Fluvía. Finalmente, en el prólogo de su obra, refiriendo cómo Ignacio le dió cuenta de su vida, dice el mismo Cámara: «El Padre me llamó, y me empezó á decir toda su vida y las travesuras de mancebo clara y distintamente, con todas sus circunstancias.» ¿Qué significa esa expresión *travesuras de mancebo*? Responda el discreto lector, y ya respondió bien el P. Ducoudray, cuando tradujo esa frase al latín por estas palabras: *Liberiorem vivendi licentiam in juventute* (1).

Lo que el P. Cámara declaró en términos generales lo especificó el P. Laínez. Escribiendo al P. Polanco desde Bolonia su célebre carta en 1547, y contándole sumariamente la vida de Ignacio, al llegar al voto de castidad que el santo hizo camino de Montserrat, dice así: «Porque principalmente temía no ser vencido en lo que toca á la castidad, en el mismo camino hizo voto della, enderezándolo á Nuestra Señora, porque le llevaba muy especial devoción, y bien que no procedía muy *secundum scientiam*, todavía Dios Nuestro Señor, que le daba aquella pura intención y tomaba su Madre Santísima como medio para ayudar esta criatura, mostró aceptar aquel sacrificio y tomó debajo de su protección, de modo que, habiendo sido antes hasta aquella hora combatido y vencido del vicio de la carne, después siempre le ha dado el dón de la castidad, y esto, según creo, en muy gran perfección.» Por estas palabras se ve que el joven Ignacio había tropezado en lo que suele tropezar la juventud.

Más claramente que Laínez y Cámara se explicó el P. Polanco. Proyectando este Padre escribir una historia de la Compañía, empezó por borrar en español un sumario de la vida de Ignacio (2),

(1) Cf. *Acta Sanctorum. De S. Ign. Acta antiquissima, Praef.*

(2) Este primer borrador forma un grueso cuaderno, cosido en el primer tomo manuscrito de la historia de Polanco, impresa en el *Monumenta hist. S. J.* Como todo lo que se encierra en este cuaderno está escrito mejor y con más orden por el mismo Polanco en la *Vita P. Ignatii*, que encabeza la historia, han omitido los editores este fragmento español, contentándose con publicar el texto latino. Sin embargo, por la mayor claridad y energía que tienen, hemos juzgado deber copiar del primitivo texto español los fragmentos que siguen en este capítulo.